



CHURRAS Y MERINAS • ROMÁN ÁLV AREZ

Unamunófilos

EN alguna ocasión he dicho que Salamanca se divide en unamunófilos y unamunófobos. E indiferentes, añadido ahora. A este último bloque pertenece un amplio segmento de la población para el que el nombre de Unamuno va poco más allá del de una calle en el barrio Garrido. Los unamunófobos serían aquellos cansados de tanto Unamuno por aquí y por allá, especialmente en estos últimos años en los que se han prodigado homenajes y reconocimientos. Suelen ser gentes que no se han adentrado mucho en la obra del escritor; pero que han estado al tanto de sus principales avatares biográficos en la ciudad. Cabe la posibilidad de que no les haya gustado alguna de las obras que tuvieron que leer; acaso por imposición, en los años escolares. En su fuero interno piensan que ya está bien de tanto traer y llevar la figura de Unamuno, como si no hubiera otras de similar relevancia. Los unamunófilos, en cambio, conocen razonablemente bien la

obra de Unamuno, o al menos han profundizado en alguno de los muchos vericuetos vitales e intelectuales transitados por él. Si como dijo una vez Umberto Eco, el primer papel de los intelectuales es permanecer callados cuando no sirven para nada, Unamuno representó justamente lo contrario: el papel del intelectual intérprete de la realidad de su entorno que tiene las manos libres para oponerse al poder sin ataduras que le condicionen. Fue poeta de los símbolos, como lo fue de la palabra pura, como lo fue de la angustia, la indagación, la denuncia, el grito y el llanto, de la razón y la intuición, de la búsqueda trascendente, de las inagotables ansias de inmortalidad.

El pasado 31 de diciembre, al cumplirse 80 años de la muerte de don Miguel, el Ayuntamiento de Salamanca y la Asociación de Amigos de Unamuno celebraron el habitual homenaje frente a la casa de Bordadores en honor de quien fue vecino ilustre, concejal, alcalde honorario, diputado,

rector vitalicio y gran protagonista de la vida cultural y política salmantina; hasta el punto de que resulta difícil disociar su nombre del de la ciudad en la que vivió y murió.

Con texto de Francisco Blanco Prieto, los actores Félix Nieto Ballesteros y Manuel A. Sánchez García, dirigidos por Luis Gutiérrez Barrio, dieron vida al encuentro de dos almas complementarias: Unamuno y el padre Arintero, evocando así los días en que el primero buscó refugio a su crisis espiritual en el convento dominico de San Esteban.

El alcalde de Salamanca, Alfonso Fernández Mañueco, y la rectora de la Universidad Pontificia, Miriam Cortés Diéguez, ofrecieron, en nombre de la ciudad, una corona de laurel que quedó depositada a los pies de la nervuda estatua de Pablo Serrano. Con ello, un año más, la ciudad reparó viejos agravios y honró merecidamente a quien fuera ya para siempre su hijo adoptivo.